



Capítulo 331 – Hancock

El cielo sobre el Pabellón del Infierno 9 estaba eternamente cubierto de nubes negras cargadas de azufre, congeladas en el tiempo. La prisión era un monumento al poder demoníaco contenido: torres de obsidiana, paredes de hueso fusionado y barras hechas de runas vivas que vibraban con cada paso de los reclusos.

Y en medio de todo...

Vergil caminó.

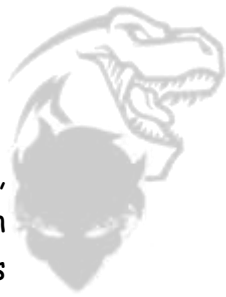
—Hm... el diseño es un poco arcaico, pero la tecnología es buena Él murmuró.

Vestido con el infame mono naranja, el número "666-V" en la espalda, sandalias de goma que tintineaban con cada paso y ese collar de sujeción incrustado en su cuello como una cicatriz. Caminaba lentamente, con las manos en los bolsillos y los hombros relajados, como si estuviera dando un paseo dominical por el parque— y no rodeado de asesinos, devoradores de mundos y bestias que habían sido encerradas por crímenes tan antiguos como la creación.

Sus ojos morados escanearon la habitación con indiferencia. Podía sentir las miradas fijadas en él como garras —algunas hambrientas, otras curiosas, algunas simplemente intimidadas. Pero caminaba con la calma de alguien que sabía exactamente lo que era... y exactamente de lo que era capaz.

"Vaya, el de la derecha tiene más cicatrices que cerebros"

- ¿Y ese de allí? "Parece como si hubiera caído en un barril de lava y hubiera perdido la discusión con él"





—Ah, qué elegante, un demonio con tres cabezas... todas con aliento

Virgilio sonrió para sí mismo, esa ironía helada y particular. Era un rey entre monstruos y lo sabía.

Algunos reclusos murmuraron entre ellos:

"Ese es él... el Quinto Rey."

Dicen que se casó con las herederas... de los clanes Baal, Sitri y Agares...

"No parece gran cosa... parece un modelo perdido en el infierno."

"Silencio. Mató a miles de personas que querían a su esposa en el coliseo..."

"Eso ni siquiera tiene sentido."

"Con él, sí."

El ruido del patio era un estruendo constante —cadenas, conversaciones bajas, el tintineo de garras contra la piedra— hasta que algo detuvo a Virgilio.

Un muro viviente de carne y músculos se levantó frente a él.

Tres metros de altura, hombros como tambores de guerra, brazos cruzados sobre su pecho como columnas de acero. Un demonio gordo, sí, pero sólido— el tipo que usaba su peso como arma, no como carga. Su piel era de color gris





oscuro, cubierta de cicatrices rituales y símbolos antiguos tallados en fuego. Dos ojos rojos lo miraban fijamente y su boca estaba torcida y maliciosa.

"Tú eres ese Virgilio." La voz salió como un trueno atrapado en un tambor, resonando en las paredes del patio. "El Rey Demonio que anda con mujeres hermosas"

Vergil se detuvo. Miró hacia arriba y una pequeña sonrisa apareció en la comisura de su boca.

"Oh, genial. Un mini jefe de 'Streets of Rage' vino a entablar una conversación" Dio un paso adelante, sin ningún miedo. - ¿Y entonces? ¿Vas a intentar darme un discurso motivador? ¿O simplemente quieres presumir ante tus amiguitos?

El bruto soltó una fuerte risa, como si estuviera sorprendido— o como si apreciara la audacia.



"No. Sólo quiero ver si lo que dicen es verdad." Bajó un poco la cara y su aliento olía a azufre, sangre y cigarrillos. "Que mataste al hijo del Arconte Phenex. Que eres rey. Que eres... incontrolable."

Virgilio inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera pensando.

"La verdad es una criatura volátil, mi querido tanque gordo. ¿Pero sabes qué es constante? La necesidad de que imbéciles como tú pongan a prueba a quienes no deberían."

El patio quedó en silencio. El sonido de las cadenas, de las garras, cesó. Todo el mundo estaba mirando.



El grandullón descruzó lentamente los brazos.

"Tienes una boca afilada. Pero aquí... el estatus allá afuera no significa nada."

"Perfecto." Vergil dio otro paso y se detuvo a centímetros del pecho del bruto. "Porque si así fuera, ya estarías de rodillas."

El gigante apretó los puños y sus músculos vibraron como cables de acero a punto de romperse. Pero no siguió adelante. No tuvo el coraje. Había algo en Virgilio —no su fuerza, sino el silencio que lo envolvía— que decía, sin palabras: "Adelante, inténtalo"

Virgilio dejó escapar un breve suspiro de desprecio y trató de apartarse del camino. No valió la pena. No ese tipo de tonto.

Pero al infierno le encantan las pruebas. Y a los tontos les encanta el público.

Antes de dar tres pasos, otro demonio apareció en su camino.

Esta vez, más grande, más agresivo y claramente más estúpido.

Sus músculos parecían tallados en piedra hirviendo, su piel era de color rojo sangre, cubierta de marcas tribales negras. Sus cuernos se curvaban hacia arriba como cuchillas, y donde debería haber habido una nariz, sólo había dos hendiduras negras, como una calavera humeante.

Sus ojos ardían con la llama de un simple deseo: la confrontación.

"¿A dónde crees que vas, princesa?" escupió, con una sonrisa torcida que rezumaba de arrogancia.



El patio, que antes murmuraba, ahora quedó completamente en silencio.

Uno por uno, los reclusos comenzaron a acercarse, rodeándolos lentamente, como una horda de lobos hambrientos que olfateaban en busca de carne fresca.

Doscientos ojos brillaban bajo la tenue luz. Sonrisas amplias, garras afiladas, colmillos abiertos.

Ciento setenta reclusos —demonios, bestias, monstruos que habían cometido crímenes tan viles que ni siquiera el infierno podía ignorarlos— formaron un círculo alrededor del Quinto Rey.

Pero Virgilio permaneció inmóvil.

Su mirada recorrió lentamente a su nuevo adversario, de la cabeza a los pies, con un desinterés casi ofensivo.

—Tienes una boca... considerablemente grande para alguien con un cerebro del tamaño de una semilla de uva —respondió Virgilio con voz baja y dibujada. Y afilado como una espada empapada en veneno.

El demonio de cuerpo entero dio un paso adelante, inflando su pecho con orgullo herido.

"Es curioso... porque no parece que estés a cargo de nada aquí"

Vergil lo miró con una mirada carente de empatía y dejó escapar un suspiro largo, casi aburrido.





'Estos idiotas deben pensar que este collar de sujeción en realidad está reteniendo algo'

Pasó su mano sobre el collar arcano alrededor de su cuello, como si se rascara una picazón. Luego, ajustó el cuello de su uniforme naranja con un cuidado ridículamente tranquilo.

"Vamos. Apártate del camino." Dijo, con el mismo tono que alguien pide permiso en una fila de panadería. "Necesito regresar a mi celda. Yo me quedaré en el mío, vosotros en el vuestro. Sin estrés, sin muertes, sin extremidades voladoras... Superaremos esto sin problemas. ¿Calmar? ¿Bine?"

Desde lo más profundo de su sombra resonó una voz silbante, vidriosa y antigua:

—Maestro... ¿por qué eres benévolo? Terminalos."

Era Itarina, la presencia durmiendo bajo la piel de Virgilio, susurrando sed de sangre.

'Relájate. Quiero... probar algo.' — Vergil respondió mentalmente, con una sonrisa fría formándose en su rostro.

Extendió ligeramente los brazos, como si presentara una simple elección al destino.

"Última oportunidad. Disculpe, ¿de acuerdo? "No me gusta repetirme."

El demonio musculoso se rió. Era un sonido seco, lleno de desprecio.





- ¿Qué pasa, princesa? ¿Estás molesto?

Su risa se extendió a quienes lo rodeaban.

Empezó con media docena... luego docenas.

Ciento setenta habitantes del infierno se rieron, acorralando al Rey como hienas ante un león atado.

Pero entonces Vergil también se rió.

Al principio era suave. Un susurro.

"Jeje..." Y luego vino la explosión. "¡AJAJAJAJA—!"

La risa se expandió como una onda sónica, reverberando con tal fuerza que el suelo tembló, los barrotes vibraron y las mismas paredes de la prisión crujieron bajo una presión invisible. Las runas de contención se iluminaron de repente, tratando de contener la fuga de puro poder infernal que se filtraba del alma del Quinto Rey.

El silencio cayó. Un vacío opresivo cayó sobre el patio.

Virgilio inclinó la cabeza hacia un lado y su mirada ahora era vívida y aguda como el acero arrancado del corazón de una estrella muerta.

"Bien. Hagámoslo así entonces."





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Levantó la mano y señaló con el dedo índice al demonio musculoso.

—Si no te apartas... de tu cabeza... —Vergil extendió lentamente el dedo, con la calma de alguien que ya conocía el resultado. Luego, cambió el gesto hacia el bruto anterior. "...va a terminar en su trasero"

